

Los pobres

y el cine

La cruel explotación mercantil de su miseria

Fausto Masó

¿Cuáles son los límites en hacer dinero? Esta pregunta se vuelve urgente cuando ganar dinero se convierte en la ocupación favorita de toda una sociedad, donde el dinero simboliza el éxito y resulta angustioso rechazar la tentación de un buen montón de liras, francos, dólares o bolívares. Naturalmente, los productores cinematográficos no vencen la tentación y se atreven a realizar películas como "Tabú", estrenada recientemente en Caracas.

"Tabú" tiene un objetivo: hacer dinero, y como cuando de dinero se trata hay que cubrir las formas, los productores han presentado a "Tabú" como una audaz incursión en lo prohibido, como para decir en una clave fácil de entender: "aquí tenemos para ofrecer una buena colección de imágenes morbosas y pornográficas", imitando el ejemplo de esa propaganda que identifica "La Nueva Ola" con la cama y Suecia con la promiscuidad.

"Tabú" comienza con la seriedad de un Tratado de Filosofía. El narrador afirma la relatividad de la moral. Lo prohibido en un pueblo está aprobado por otro pueblo. El tabú sirve para inhibir al hombre. Es la invención de la sociedad para coaccionar la verdadera libertad. El espectador queda con la conciencia tranquila. Le aguarda un tratado de Filosofía, en vez de un espectáculo inmoral, y hasta puede considerarse a sí mismo una persona liberada, capaz de admirar un espectáculo fuerte.

Los productores no han querido correr riesgos. Está bien desenmascarar los tabús del mundo entero mientras la taquilla responda, y la solución está en imitar a "Perro Mundo", la primera de esta serie de películas dedicadas a explotar la miseria.

Explotación de los instintos

"Perro Mundo", por ser la primera, fue la mejor. Algunas secuencias eran originales, y al final el productor, piadosamente, mostró comulgando a un grupo de indígenas de Nueva Guinea. "Perro Mundo" tenía también un buen acompañamiento musical, una fotografía y un montaje más que pasables. Pero las segundas partes se despojaron de todos los adornos; los gustos del público cambian rápidamente, ¡había que apurarse! "Puerco Mundo", "Perro Mundo II" y ahora "Tabú" echaron a un lado cualquier antifaz. Un director italiano había inventado la fórmula de películas baratas y productivas. Bastaba con escenas crudas, con toques de pornografía y filosofía barata, coprofografía y sadismo. ¿Quiénes serían los actores? Los que jamás van al cine, los negros del Congo, los mendigos de Hong-Kong, los indígenas de la Nueva Guinea. Se presentaría algún que otro norteamericano o europeo, sin exagerar, para evitar la indignación del público que paga. Estaba bien dentro de la fórmula satirizar los esfuerzos de las ricas norteamericanas para perder peso, pero el plato fuerte estaba reservado para

los habitantes inferiores de otros mundos, a los que había que animalizar frente a la cámara, bajo la excusa de mostrar este "perro mundo".

Los artistas resultaban baratos, como ha mostrado nuevamente "Tabú". Aquí cualquiera puede adivinar que la supuesta escena filmada en Hong-Kong de un fumador de opio fue posada lo mismo que la de la familia de India fotografiada contemplando unas famosas esculturas. "Tabú" se diferencia de sus predecesoras en la exageración. Había que subir la parada, y el cine en consecuencia se convirtió en "Tabú", en una excelente muestra de la alienación de nuestra época.

Basta la primera escena de un niño hambriento en medio de la indiferencia de los que pasan a su lado. Casi parece que los productores han confundido la caja registradora con un panfleto social, y se atreverán a denunciar el verdadero tabú de los satisfechos; el hambre que pasan otros a su alrededor. Pero no hay que asustarse. Los supuestos "tabús" que se desenmascararán los conoce ya cualquier visitante de un barrio de prostitutas. Lo nuevo es verlo en colores y en el cine. Los gigantes contra los que supuestamente se lanza el productor son molinos de viento que acusan la hipocresía de productores y directores, y, naturalmente, no por último olvidado, del público.

Esa hipocresía explica también el éxito comercial de esta serie de películas culminadas en "Tabú". El público no necesita pensar frente a las realidades más terribles. El hambre y la degradación del semejante. ¿Qué pasaría si el mensaje de "Tabú" y de "Perro Mundo" fuera que la miseria tiene causas reales, económicas —en definitiva, los pobres son pobres porque carecen de dinero—, en vez de explicar esa situación horrible con especulaciones baratas y referencias a arcaicas costumbres? Si los productores tuvieran un poco de estómago —ni haría falta que tuvieran alma— estas películas serían "El acorazado Potemkin" de los países subdesarrollados. Pero se quiere entretener con la miseria, con la misma morbosidad con que se miran los animales en el zoo-

lógico, describiendo peyorativamente costumbres y tradiciones cuyo contenido cultural supera el de las tradiciones, o falta de tradiciones, de más de una sociedad industrial.

No se puede embrutecer al hombre sin que le ocurra lo mismo al culpable. La enajenación del prójimo enajena al enajenador, en algo que supera el simple juego de palabras. Como dijera James Baldwin, los racistas son también víctimas de su propio racismo, y la libertad del oprimido puede ser también la libertad del opresor. Una noticia escondida en los periódicos hace meses habla con más vigor que cualquier argumento. El productor de "Perro Mundo" fue denunciado por haber sobornado a un grupo de soldados en el Congo para que fusilase a unos rebeldes en un escenario adecuado a la filmación que estaba realizando. El productor había pagado a los soldados para que fusilasen con una buena iluminación. El hombre no quería que algún técnico en el laboratorio dijese que la película se había estropeado porque el sol estaba de frente. ¿Quién tiene la culpa de que el cine se preste a tales bestialidades? ¿O tiene justificación mostrar a un ser humano en medio de los excrementos, un niño bárbaramente torturado, la prostitución en su aspecto más triste y el disfrute sadista del dolor y del derramamiento de sangre?

En literatura ha habido quien ha mostrado los aspectos crudos de la vida en sátiras cuyo propósito final ha sido la denuncia, como la de Swift sobre el hambre en Irlanda, donde proponía vender los recién nacidos como carne de primera...

En "Tabú", en cambio, nadie saldrá indignado de la sala cinematográfica. Al contrario, el productor estará contento si todo el público respirara contento, entretenido y satisfecho de haber obtenido un buen espectáculo por cinco bolívares.

Por la primacía del hombre

¿Qué hubiera ocurrido si "Tabú" hubiera atacado los verdaderos ta-

bús de nuestros convencionalismos sociales?

Por ejemplo, la primacía del dinero y la deshumanización del hombre en la sociedad industrial. Una sociedad donde el dinero simboliza el éxito es un fracaso, una estafa. Las creencias y las supersticiones de cualquier pueblo primitivo tratan al menos de algo más profundo que los temores irracionales del que vuelve la posesión de un automóvil un símbolo social, de valor mítico. Imaginemos que alguien mencionara el tabú del escándalo del contraste terrible entre países desarrollados y subdesarrollados, y hasta se atreviera a citar algunos párrafos de las encíclicas de Juan XXIII como comentario a las escenas de miseria.

Resulta fácil erigirse en defensor de la libertad sexual. Atacar al oscurantismo, destroz ar un enemigo inexistente. Atacar a las convenciones sin preguntar si éstas tienen justificación. Pero ¿qué pasaría si se señalara que el Estado tiene el derecho de auspiciar un mínimo de decencia, sin que por eso se censuren las obras cuya verdadera intención no sea hacer dinero con la pornografía o la pobreza? A los impugnadores se les podría señalar que uno de los cines más puritanos del mundo es el ruso, y sin caer en los extremos soviéticos que rayan en la flojería, y hasta auspiciando económicamente las verdaderas obras de arte, no estaría mal poner coto a la producción de películas como la que comentamos.

Pero ¿quién pone el cascabel al gato? Donde hacer dinero es el objetivo de la competencia, cualquier regla será violada. Habría primero que cambiar la meta, y en medio de tantas estructuras que se habla de modificar, colocar la primacía de la persona humana sobre cualquier otra cosa. Entonces no haría falta un cascabel para un gato inexistente, y el único tabú sería volver la comunicación un medio de embrutecimiento, como cuando ocurre con estos "Perros Mundos", donde público, productores, directores, se solazan entretenidos en la contemplación de la miseria de los que —si creemos el Evangelio— heredarán la tierra y hasta el propio reino de los cielos: los pobres.